

tad de acción de Nordenskjöld. Nuestro objeto era que el depósito contuviese únicamente lo más indispensable para mermar lo menos posible las existencias de á bordo.

Antes de la salida del buque tomé, con el capitán Larsen, los siguientes acuerdos por escrito:

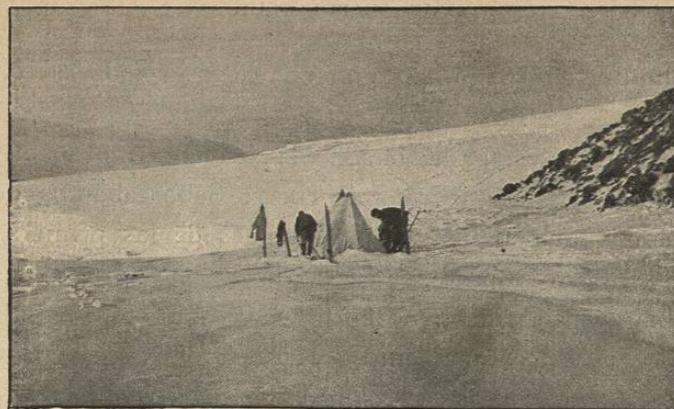
«1.º En el caso de que el «Antártico» llegue á la estación invernal:

»Si la expedición en trineo no hubiese llegado á la estación invernal el 25 de enero, debe suponerse que había encontrado cerrado el camino, y debía ir el buque á su encuentro al lugar del depósito.

»2.º En caso de que la expedición en trineo llegue á la estación invernal:

»Si el «Antártico» no llegase antes del 10 de febrero á la estación invernal, partiríamos todos por tierra al lugar del depósito, y el buque tendría entonces que visitar el lugar del depósito entre el 25 de febrero y el 10 de marzo, en cuya última fecha la marcha á dicho lugar debía suspenderse si no había otro motivo imperioso que lo impidiera.»

Estas fueron las precauciones que tomamos antes de emprender nuestra expedición en busca de los compañeros de Snow-Hill.



Salida del campamento del 8 al 11 de enero.

CAPITULO XI

En un archipiélago desconocido

No podíamos llevar de una vez todo el pesado equipo subiendo por la parte más escarpada del declive de hielo de tierra. Lo llevamos en dos viajes, y aun así nos costó mucho trabajo. Dos hombres iban enganchados en el pretal, delante del trineo, mientras que el tercero empujaba á la trasera. A veces el trineo resbalaba con facilidad donde el camino era llano, pero otras se atascaba en alguna desigualdad del terreno. Entonces debíamos dar un tirón todos á la vez.

Ibamos muy despacio, y tras grandes trabajos logramos reunir toda la impedimenta arriba, en el punto donde destinábamos como lugar de campamento. Allí, á 180 metros sobre el nivel mar, empezaba el hielo de tierra á elevarse hasta un repecho poco accidentado, de

modo que el próximo día pudimos llevarlo todo en un viaje.

La tienda estaba levantada y la cocina «Primus» chisporroteaba en el aparato de cocer. Saboreábamos de antemano una comida caliente después de las primeras fatigas. Por otra parte, era grato ir de marcha después de haber estado inactivos entre los hielos flotantes.

La vida de campamento es variada, libre y alegre, y á esto se añadía una atracción para nosotros completamente nueva, cual era la de sentirnos abandonados á nuestras propias fuerzas en aquellos parajes solitarios é inexplorados hasta entonces, donde la nieve se extendía entre escarpadas elevaciones sin hielo hacia el interior desconocido.

Lejos, fuera del estrecho, pudimos aún ver, entre hielo flotante, un pequeño punto obscuro, el «Antártico», que entre pedazos de hielo procuraba encaminarse hacia el este, para buscar de nuevo camino costeano la isla de Joinville.

Pero no disponíamos entonces de mucho tiempo para seguir el rumbo del «Antártico».

Nos convenía ver cómo podíamos instalarnos con los sacos para dormir dentro de la pequeña tienda. Grunden y yo nos colocamos á cada lado con los pies hacia la puerta, y Duse aprovechó el lugar sobrante empujándonos con los pies, después de que hubo atado la puerta de la tienda. Estábamos literalmente «estibados» uno contra el otro; no había siquiera un palmo de terreno en el suelo de la tienda que no estuviese ocupado por los tres sacos de dormir, tanto, que los costados largos de la lona describían una curva hacia afuera bajo la presión del cuerpo de Grunden y del mío.

Satisfechos de nuestra confortable instalación, bajamos nuestras gorras de dormir sobre los ojos para protegernos contra la luz, pues eran ya las cuatro de la mañana cuando todos estos quehaceres estuvieron terminados. A la una de la tarde salimos ya descansados de los sacos, y dos horas después, habíamos guisado la comida, recogido la tienda y cargado todo el equipo sobre el trineo.

Atamos los patines para nieve encima de toda la carga, porque vimos que era mejor tirar sin ellos por aquel camino firme y duro.

Temíamos, durante nuestros preparativos á bordo, que la carga fuese demasiado pesada, de modo que nos vimos obligados á dejar parte de las provisiones. Vimos después que se adelantaba con bastante facilidad por los sitios donde el hielo de tierra estaba igual. Sobre las ondulaciones del hielo era el arrastre bastante difícil, pero en general estábamos muy satisfechos de nuestro primer ensayo de tracción con trineo.

Cuando se anda y tira del pretal, vagan las ideas con preferencia alrededor de tres pensamientos: sobre la buena comida que se hará cuando las fatigas del día hayan acabado, la distancia dejada atrás y sobre las condiciones del camino que nos toca recorrer.

Según el mapa de Ross de los golfos del Erebus y del Terror, habíamos calculado que debíamos hacer rumbo al sur sudoeste para llegar hasta la parte interior de la bahía de Sidney Herbert. Echábamos cuentas y calculábamos cuánto tiempo podíamos invertir en llegar hasta allá, cálculos que acababan deseando hallar en lo sucesivo, por lo menos, un camino tan aceptable como el recorrido hasta entonces. El hielo de tierra se levantaba

y se hundía en irregulares ondulaciones, surcadas algunas veces por oscuros cerros sin nieve, puntiagudos, ó de escarpadas crestas.

Transversalmente á nuestro rumbo hallamos una extensión helada más alta cuya subida fué muy pesada, teniendo que hacer frecuentes altos. Pero por fin llegamos á la parte más elevada y se ofrecieron á nuestra vista lejanas cordilleras y dilatadas llanuras de nieve, limitadas por oscuras moles de montañas. Pero ¿qué era lo que veíamos en lontananza á nuestros pies? Contemplábamos silenciosos y confusos aquel panorama nuevo y extraño. La llanura de nieve, de más de una milla de extensión, aparecía como una ciudad gigantesca completamente cubierta de nieve; millares de casas y palacios, edificios de variadas formas y torres de las más extrañas líneas presentábanse ante nuestra vista.

Este espectáculo, que nos parecía verdaderamente incomprensible en el primer momento, debíase á una bahía completamente helada de cuyo seno emergían grandes masas é innumerables montañas de hielo. El de tierra bajaba en uniforme declive hacia la bahía y acababa allí con un talud bajo, del cual seguramente se habrían desprendido algún día aquellas innumerables y pequeñas montañas irregulares.

En la orilla, cerca del talud, empezaba el hielo de mar que unía á éste con el de tierra, y que á veces estaba roto y amontonado en forma de bloques y trozos sueltos. Parecía que la ensenada hubiera estado largo tiempo, á lo menos durante algunos años, cubierta de este modo.

El hielo de tierra, cuyo talud forma por todas partes la orilla de la ensenada, no había podido, desde que ésta se heló, deshacerse de su sobrante por sucesivos des-

prendimientos, y por eso marcaba su avance cada vez más al interior de la bahía, echando afuera con fuerza irresistible al hielo de mar.

Nunca había podido adquirir idea tan clara de la formación del hielo como al ver este paisaje. El mar, con sus innumerables icebergs y témpanos flotantes y su formidable capa de hielo, que en algunas partes estaba rota y oprimida bajo la presión de la todavía más formidable capa de hielo de tierra, formaba un mundo helado que trajo á nuestra memoria lo escrito sobre el hielo paleocristico del Mar Polar del Norte.

Se habían acabado las probabilidades de encontrar buen camino sobre el hielo terrestre. La costa daba la vuelta alrededor de la ensenada en forma de un ancho arco hacia el oeste, y muy cerca, delante de nosotros, empezaba la superficie del hielo terrestre á ser desigual y llena de cavidades; al otro lado de la bahía veíanse las montañas que avanzaban hasta la orilla. Nuestro viaje sobre el hielo de tierra alrededor de la bahía sería en extremo difícil y nos retrasaría muchísimo, aun suponiendo que pudiésemos penetrar entre las montañas y cruzar los ventisqueros.

En todo caso, sería un viaje que por su lentitud había de reducir bastante nuestro limitado stock de provisiones. Todas las circunstancias nos señalaban, pues, otro camino á través del laberinto de la ciudad helada en dirección al hielo de mar, que divisábamos más lejos, bordeando tierra, cuyos oscuros taludes costeros se levantaban remotamente hacia el sur.

En aquellos momentos no sabíamos seguramente dónde nos hallábamos. El mapa de Ross de los golfos del Erebus y del Terror no indicaba la existencia de las

extensas aguas cubiertas de hielo que teníamos delante. La bahía, cerca de nosotros, desembocaba en otra mayor que nos separaba de la lejana tierra del sur, y que hacia el sudeste, donde la vista estaba limitada por una visible cresta de montaña, debía ser coherente con el mar abierto. Mas ¿era ésta la única ensenada que Ross en su mapa denomina bahía de Sidney Herbert? Duse, que había pasado con el «Antártico» durante el verano anterior por la bahía de Sidney Herbert, no podía reconocer nada de lo que vió. Decidimos, pues, acampar donde nos hallábamos y subir al día siguiente á la cresta de una montaña al sudoeste, para estudiar mejor los alrededores.

Era ya media noche cuando pudimos meternos en los sacos de dormir. Cuando nos despertamos al día siguiente, á las nueve y media, brillaba el sol en un cielo sin nubes, iluminando con sus resplandores la tierra cubierta de nieve y la bahía que semejava una ciudad. Durante nuestra marcha hacia la cima de la montaña llevamos anteojos para la nieve, pero cuando llegamos arriba, Duse se quitó los suyos para ver mejor alrededor suyo, pagando cara más tarde esta imprudencia, de tal modo, que nos aconsejó que tomásemos las mayores precauciones para resguardar la vista.

También desde la cima de la montaña la vista hacia el mar hallábase continuamente limitada por una alta tierra situada más lejos, en dirección sudeste. Pero lo que vimos fué, bajo varios conceptos, práctico é instructivo.

La superficie helada de la gran ría se hallaba en buen estado para cruzarla, y únicamente del hielo de mar emergían grandes bloques. La tierra del otro lado de esa ría era en su mayor parte inaccesible; obstruíanla obscu-

ras murallas verticales en la costa, pero en cierto sitio parecía el hielo de tierra hundirse en declive uniforme hacia el mar. Debía, pues, ser posible llegar hasta el hielo de la tierra interior, que parecía extenderse en ondulaciones iguales hasta una cumbre muy lejana completamente cubierta de nieve, acabando por una eminencia cónica, cuya silueta, destacándose sobre el claro cielo, dominaba toda la tierra de su alrededor.

Este formidable cono cubierto de nieve debía ser la montaña de Haddington del mapa de Ross. Allí, á lo lejos, se encuentra el estrecho del Almirantazgo y Snow-Hill, y la ría que teníamos delante debía ser la bahía de Sidney Herbert.

Nuestro plan era completamente claro. Debíamos pasar sobre el hielo de mar hasta el punto de la tierra sur, donde la elevación se hacía visible, para seguir sobre el hielo terrestre alrededor de la montaña de Haddington hasta el estrecho del Almirantazgo. No sabíamos si la última extensión de agua citada era un estrecho ó una bahía, y como sólo estábamos allí de paso, debíamos dejar para más tarde la solución del problema.

Después de haber vuelto á la tienda y cargado el trineo, nos pusimos en marcha hacia la bahía. Nos calzamos por primera vez los patines de nieve, deslizándonos rápidamente por la larga y despejada pendiente. Hicimos una singular observación bajando el declive. Desde la orilla y oblicuamente á nuestro camino, se extendía un ancho rastro en forma de zig-zag sobre la lisa superficie de hielo. Parecía la huella reciente y se apartaba por completo de nuestro camino, en dirección á la orilla.

Desgraciadamente no teníamos tiempo para seguir este rastro, pero con seguridad podíamos afirmar que lo

había producido algún animal que debía morar en los alrededores: alguna foca sin género de duda.

Era, por lo demás, sorprendente encontrar rastro de un mamífero viviente en medio de aquel desierto de nieve y á una distancia de varias millas del agua libre.

Probablemente sería alguna foca que, extraviada sobre el hielo firme y atosigada por el hambre, buscaba por tierra el deseado mar abierto.

Más tarde descubrimos que hay bastantes focas (las de Weddel) sobre el hielo firme de la bahía, de donde el agua libre se encuentra bastante lejos. De todas maneras continuaba siendo incomprensible para mí cómo una de ellas había avanzado tanto sobre el hielo de tierra. Más tarde, cuando tuve ocasión de conocer á fondo el modo de vida de las focas antárticas, hubiera atribuído el rastro que acabábamos de ver á un cangrejero (*lobodon*), aunque está probado que á veces las focas de esta clase perecen cuando avanzan mucho hacia el interior. Contra esta suposición había, sin embargo, el dato de que nunca observamos un solo ejemplar de cangrejeros sobre el hielo de tierra firme, donde, en cambio, habitan focas de Weddel á centenares.

En la parte más baja del declive, muy cerca del talud de hielo terrestre, paramos un momento para hacer el descanso de mediodía. Encontramos después un punto donde una formidable acumulación de nieve formaba un puente inclinado que bajaba del talud, uniendo el hielo de la tierra interior con el del mar, y por él continuamos hacia la bahía.

Pero estos últimos cien metros de camino sobre el hielo terrestre fueron bastante accidentados; la nieve era tan blanda que el trineo á cada momento se atascaba, y



Diez días de combustible asegurado.

teníamos que quitarnos entonces los patines y sacarlo con grandes esfuerzos del bache de nieve donde se había hundido. En el hielo de mar era también difícil buscar un camino á través de los frecuentes grupos de montañas de hielo, glaciares y acumulaciones gigantescas. Se atas-caba el trineo con frecuencia y se hundían los patines á través de una delgada y traidora capa de nieve dentro de ocultos charcos.

Nos encontrábamos en el centro de aquel laberinto, y dudábamos por dónde encontrar un camino á través de tantos obstáculos. Continuar así, á la ventura, no era conveniente, y decidimos hacer alto y acampar en una meseta de hielo compacto que nos ofreció una base fija y relativamente seca. Mientras Duse montaba la tienda, fuimos Grunden y yo, con nuestros patines, á recorrer el contorno. Después de andar un buen rato entre numerosos bloques de hielo que por todas partes nos impedían la vista, llegamos á un alto glaciar sobre el que trepamos y desde el cual vimos con alegría que el camino se presentaba libre de obstáculos en la dirección hacia donde nos dirigíamos.

Cuando regresamos al campamento, nos dijo Duse que de repente se había quedado ciego del ojo izquierdo á causa de la nieve y que sufría violentos dolores. Le puse en el ojo unas gotas de solución de sulfato de zinc y ácido bórico, único remedio para el caso con que contábamos. Duse encontró este remedio muy eficaz y como medida preservativa lo empleamos todos á diario en adelante.

En todas partes, sobre el hielo de mar, entre los bloques, encontramos rastros de focas, y cerca de la faja de la marea que separaba el hielo de mar del talud de tierra,

vimos dos que se arrastraban hacia la bahía. Muy cerca de nosotros había también dos focas de Weddel en una pequeña cuenca detrás de un montón de nieve. Una de ellas, al vernos, se zambulló en el agua resoplando. En el fondo de la cuenca había un agujero, á través del cual podían bajar al agua.

Es, no obstante, singular que las focas se internen tanto en el desierto de hielo, á millas de distancia del agua libre. Deberían encontrar allí seguramente multitud de cangrejos y peces que viven bajo el hielo fijo, probablemente desde muchos años. Pero á su vez, estos pequeños representantes de la fauna glacial exigen para su manutención una rica vida vegetal que debía existir en las profundas obscuridades, debajo de los hielos paleocrísticos.

Esta era una suposición que parecía contradecir la ley biológica, según la cual la luz es necesaria para toda vida vegetal. Pero las irregulares observaciones de Kjellman sobre la vida invernal de las algas marinas, debajo del hielo en Spitzberg del Norte, ha modificado ya hasta cierto punto esta ley, y probablemente un futuro examen demostrará que las algas del Mar Polar pueden soportar un aislamiento de la luz solar de más duración (*).

Alguna vez irán quizás allí expertos pescadores que, avanzando sobre el hielo terrestre del estrecho del «Antártico», provistos de ligeras redes y esparaveles, podrán abrir con potentes explosivos grandes cavidades en las

(*) Un enigma indescifrable se presenta cuando se extrae con las dragas de la profundidad del mar estas variedades vegetales, que indican la excelente fuerza vital é indomable que existe bajo la inmensa capa de hielo que oculta el mar, cuando la temperatura atmosférica es sumamente baja y reina la obscuridad á las doce del día.

(Kjellman: «De la vida vegetal polar», y A. E. Nordenskjöld: «Estudios y exploraciones.» 1883; página 545.)